

Vivir la fe desde el encuentro

Cuaresma-Pascua 2011

Jn 20, 1-18

Hna. Arantxa Jaca

1. PARA SITUARNOS

a) Por qué este texto

Para adentrarnos en este caminar del recorrido Cuaresma-Pascua, se propone para un momento de reflexión, oración y compartir, el texto de la aparición del Resucitado a María Magdalena, por una serie de razones, que detallamos a continuación:

- *Nos pone mirando a la Pascua.* Es un texto en el que se nos cuenta el encuentro con Cristo Resucitado. Y el encuentro con el Resucitado, con el Cristo Pascual, es el origen, la fuente, la esencia de la vida cristiana. ¿Cuándo se expande y comienzan a predicar la Buena Noticia de Jesús los discípulos, los que le seguían o el mismo San Pablo? Después de haber hecho la experiencia de encontrarse, de haberse dejado acoger por el Resucitado. Y, precisamente, Cuaresma es un tiempo litúrgico en el que se nos hace una invitación más serie y firme para mirar a la, hacia la Pascua, desde la clave de la conversión, de la vuelta al corazón, a lo profundo, desde la acogida. Pascua es, además, el ser y el fin de nuestra vida. Somos cristianos porque en nuestro origen está la Pascua.
- Nos relata *la primera persona a la que Jesús, como resucitado, se le apareció.* Y fue, nada menos, que a una mujer: María Magdalena. Y eso tiene su significado especial, que luego desgranaremos con un poco más de detalle.
- Nos muestra claramente que *la fe es un proceso.* Un proceso inacabado, y que siempre necesita un paso más, un afinar más, un abrirse más: la fe tiene que ser renovada constantemente en el caminar de la vida. No podemos decir: Soy creyente, rezo, voy a Misa, tengo algún compromiso... Cumplimiento. San Agustín ya dice: *“En el camino somos unos peregrinos caminantes. Por lo tanto, no podemos estar contentos con lo que hoy somos, si queremos llegar a ser lo que queremos ser. Si nos conformamos con lo que somos, hemos renunciado a seguir avanzando. Si creemos que es suficiente, no daremos un nuevo paso. Sigamos en el camino, hacia delante, caminando hacia la meta”.*
- Un *proceso que tiene que ser alimentado, ahondado, afianzado con el encuentro personal con el Resucitado.* Nuestra fe no se sustenta en devociones, en la creencia de un Dios etéreo, sino que ese Dios tiene un rostro concreto, un estilo, un ser muy concreto: Jesús de Nazaret. Que por su estilo de vida, basado en el Amor pleno de Dios y, por lo tanto, a la humanidad, fue llevado a morir a la cruz. Pero que, precisamente, por el Amor pleno de Dios, por ese vivir plenificado en y desde el Amor fue resucitado por Dios. Y con ese Jesús es con el que nos tenemos que encontrar.
- Se no indica con realismo que *ese proceso puede tener y, de hecho, tiene altibajos o claros-oscuros.* Por lo tanto, tenemos que asumir que será así, pero ello no nos debe de asustar; al contrario, nos tiene que animar, y considerar las dificultades, las crisis, como nueva oportunidad.
- *Todo encuentro sincero, hondo, mínimamente verdadero, dado desde el amor, con Dios, con el Dios de Cristo Resucitado, no nos deja indiferentes* ante la vida, *no nos deja paralizados* en una relación cerrada y encerrada entre Él y yo (“Él me quiere y yo le quiero, y qué bien estamos los dos”), sino que nos hace salir de nosotros mismos y nos pone en camino de búsqueda del otro, pero con el estilo concreto de Jesús que buscaba, sobre todo, al que más dificultades tenía o más sufría. Jesús ya nos lo dijo: *“Yo he venido a que todos/as tengan vida y vida en abundancia”* (Jn 10,10). El mismo mandato que Dios ha dado al hombre y a la mujer desde el inicio de la creación: *“Creced y multiplicaos. Ser creadores conmigo”* (Cf. Gn 1,28). El mismo mandato, sólo que los evangelios nos concretan el estilo de crear y generar vida: al estilo de Jesús.
- Se nos dice muy claramente que *ese encuentro es fruto de una experiencia de amor;* no fruto del cumplimiento de leyes, normas, observancias, de ser mejor o peor... Sino de un profundo y gran

amor. Jesús quería a María Magdalena y María Magdalena amaba profundamente a Jesús. Desde ahí se dio un encuentro de este tipo. Porque el amor nos va transformando desde el corazón.

Ahora, antes de seguir con la reflexión, con la Biblia en la mano, sería conveniente leer, escuchar, proclamar... todo el texto, haciendo una breve pausa o respiro entre los versículos 10 y 11, porque ese momento distingue claramente los dos tiempos de un mismo hecho o experiencia.

b) Las dos partes diferenciadas del texto, aunque en la misma línea:

- Los 10 primeros versículos (Jn 20,1-10), en los que se nos cuenta el sepulcro vacío (una forma de contar la resurrección).

- Los 8 versículos siguientes (Jn 11-18), en la que se nos narra la aparición concreta a María Magdalena.

Es importante leer y tener en cuenta las dos partes, porque María Magdalena aparece desde el inicio del relato hasta el final, aunque en este retiro nos centremos en la segunda parte. María es la persona que ha sabido llegar hasta el final, la que ha sabido esperar, confiar, estar...; aunque esa espera, confianza, estar, haya tenido que ser purificado. Es la que ha permanecido en la adversidad, en la dificultad, y quiere algo más; es la que no se conforma con cualquier cosa, a la que se le ha concedido el don, el regalo de ser la primera testigo. Desde el principio hasta el final queda reflejada su angustia en el texto (lo dice 3 veces, y el número 3 en la Biblia significa algo muy importante): “*Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto*” (Jn 20, 2b.13b.15b). Y ella necesita encontrarse nuevamente con Jesús, que ha desaparecido, porque le quiere ardientemente, apasionadamente... Es cierto que en el relato se nos ha dicho que dos discípulos varones corrieron a ver qué pasaba, y al ver las vendas y el sudario en un lugar aparte, y el sepulcro vacío creyeron, comprendieron eso de que Jesús les había dicho que debía resucitar de entre los muertos y se volvieron a casa; pero aunque parece ser que sí vieron algo y creyeron, no llegaron a encontrarse con alguien Vivo como María. Además, no nos dice que esos dos discípulos compartieran la experiencia con los demás, como lo hizo María llena de alegría, de gozo... En unas líneas más adelante sí que se nos cuenta, por el contrario, que no sólo no fueron capaces de compartir sino que incluso se reunieron en una casa, con las puertas cerradas (se encerraron en sí mismos), por miedo a los judíos (Jn. 20,19) ¡Tremendo contraste! Pedro, el discípulo amado... los grandes discípulos y los que teóricamente les fue suficiente ver las vendas, el sudario y el sepulcro para creer y comprender la Resurrección, quedan encerrados de miedo. Y María Magdalena, la pobre y sencilla mujer, que no se conforma con lo tangible, que duda, que llora, queda desconsolada... y permanece, es la que recibe el gran mandato de ser evangelizadora, de ser la primera testigo de la Resurrección; y llena de gozo, corre y sale al encuentro. La misma, la misma experiencia que María de Nazaret, cuando el ángel le comunica que va a concebir un hijo. ¿Ironías de Dios? Desde luego que sí paradojas de Dios, que enaltece a los humildes y abaja a los poderosos (y poderosos podemos ser de muchas maneras).

2. PROCESO

a) La persona

Aterrizando un poco más, nos centramos en María de Magdala. Esta María es una de las mujeres que le siguieron a Jesús por toda Galilea, después de que la hubiera curado de 7 demonios. Así nos lo cuenta el Evangelio de Lucas: “*...Jesús iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando el Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena (o de Magdala), de la que habían salido siete demonios, y otras...*” (Lc 8,1-3). La vida de la pobre María tendría que ser extremadamente dura y de total marginación, pues en ella habitaban siete demonios. Si el número 3 es importante en la Biblia, porque nos indica que en el tercero ocurrirá algo importante, el número 7 también resulta significativo en la Biblia, porque nos indica totalidad. Así que María estaba totalmente llena de demonios. En esta ocasión no nos detenemos tanto lo que puedan ser esos

demonios, porque puede ser muchas cosas (enfermedad física, psíquica, pobreza absoluta...), cuanto que con ese número se nos indica que la vida de María Magdalena era una vida rota, una vida en total oscuridad y muerte, porque se encontraba totalmente atada o atrapada por el mal que tenía. No era algo que podía disimular, tapar, sino que la tenía cogida totalmente. Además, era mujer... Por lo que es de imaginar que el sufrimiento sería mucho más cruel en esas circunstancias. Atreviéndonos un poco, podríamos decir que no había cabida en su vida para mayor sufrimiento.

Pero tuvo la suerte de encontrarse con Jesús, de dejarse encontrar por Jesús, de salir a su encuentro... Tampoco se nos dice claro cómo se dio ese encuentro, pero lo que sí sabemos es que fue curada totalmente, liberada, y no pudo resistirse a no seguir a Jesús, proclamando y anunciando, de alguna manera, con ese seguimiento, que Jesús, en verdad, era la buena noticia. E incluso se arriesgó a acompañarlo hasta al pie de la cruz, en el lugar del tormento. Así nos lo cuentan los evangelios.

La experiencia de sanación, de ser curada, de María Magdalena, fue su primera gran experiencia de amor con Jesús. ¿Cómo le podía querer tanto alguien que no la conocía de nada pero que, sin embargo, la curó totalmente? ¿Cómo no quererle a alguien que había dado tanto por ella, e incluso en esas circunstancias de ser cuestionado (Jesús) por la sociedad? Cabe el misterio... Un amor de ese estilo, sólo puede proceder de Dios.

He aquí, el primer mensaje que nos deja María Magdalena: Estés como estés, seas como seas, te consideren como te consideren..., Jesús/Dios sale a tu encuentro, o tu puedes salir a su encuentro, porque quiere que vivas, y por eso quiere curarte de los males/demonios que puedas tener.

¿No es el primer paso de la conversión, aceptarse uno mismo, reconocerse uno mismo en su verdad? Es el primer paso para una sana liberación. ¿Cómo ando en este tema?

b) La situación

Los dos discípulos se marchan y queda María Magdalena sola ante el vacío, ante la oscuridad. Este primer día de la semana lo ha comenzado caminando de madrugada, por lo tanto en bastante oscuridad; seguramente que en su corazón también habría bastante noche, roto de dolor por la muerte -¡y qué muerte!- del amigo amado como a nadie. Además, viene buscando el cadáver, aunque sea, de ese su amigo, y se encuentra con la piedra corrida, el sepulcro vacío y la posibilidad del robo del cadáver. ¡Mayor desastre! ¿Qué referencia le queda de Jesús? De vivir una presencia total y plena, pasa a vivir una ausencia total y plena. ¿Un fracaso? No le sale otra cosa que quedarse e inclinarse junto al lugar vacío, llorando con desconsuelo la ausencia de su amado. Ve dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo, pero custodian sólo el lugar, no el cadáver; y le supone una nueva afirmación de su angustia, de su dolor cuando les responde a la pregunta que le hacen: “Mujer, ¿por qué lloras?” (Jn 20,13). Nuevamente, la respuesta del principio (y es la segunda vez que lo dice): “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto” (Jn 20, 13) (esta vez incluso dice, “se han llevado a mi Señor”, así que el dolor debe ser más intenso, ¡lo considera tan suyo...!).

A María Magdalena el dolor le ciega, le atormenta, no le deja ver otra cosa que no sea lo que ella siente, porque se aferra totalmente y posesivamente a lo que ha vivido de “nuevo” y de “bueno” en la vida que le ha regalado Jesús. Si se hubiera sosegado un poco, quizás, la presencia o experiencia de aquellos dos de blanco le podría haber dicho algo, pero no quiere y no busca otra cosa que el cadáver robado, incluso suena a un tanto reproche cómo les responde a los dos de blanco.

Y sigue buscando desesperadamente el cuerpo de Jesús. Ha respondido a lo que le han preguntado, da la espalda a la tumba, se vuelve, y sigue queriendo buscar y encontrar al muerto. Inquieta, desconsolada, aturdida. Vio que Jesús estaba allí, pero no sabía que era Jesús. ¡No lo reconoció ni en su aspecto ni en su voz! ¿Le podía pasar esto a María Magdalena? ¿Puede pasarle a

alguien una cosa semejante ante la persona que más quiere? Por segunda vez, la misma pregunta: “*Mujer, ¿por qué lloras?*” (Jn 20,15a). Curioso, porque Jesús sabe que es María, pero le quiere dar tiempo al momento que vive, quiere recoger su “angustia”. Jesús no se identifica, de primeras, llamándola María, y por eso recurre al nombre genérico de “mujer”. Pero, Jesús añade más, da un paso más, y le pregunta: “*¿A quién buscas?*” (Jn 20,15a). Parece increíble, pero María sigue aferrada, encerrada en su dolor y angustia, porque no sólo no le reconoce a Jesús, su amado, sino que incluso lo confunde con el encargado del huerto, o con el hortelano. ¡Mayor confusión! Por tercera vez repite María, con su discurso cerrado y obsesivo: “*Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré*” (Jn 20,15b). En verdad que le quería y le sigue queriendo a Jesús; es un amor muy intenso el suyo, pero seguramente, un amor que tiene mucho de posesión (“...y yo me lo llevaré”), que necesita ser arrebatado, herido nuevamente para ser sanado, profundizado y vuelto a renacer para que sea del estilo de Jesús.

Dos preguntas que tendrían que haber hecho despertar a María, pero no parece: “*Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?*”. Sigue cegada en su dolor, en su angustia y no parece que quiera salir de ahí. No le provoca una rendija de luz de que en un breve espacio de tiempo tenga la misma pregunta (por parte de los dos jóvenes de blanco y ahora de Jesús/el hortelano a sus ojos): *¿Por qué lloras?*

Y en este momento, María de Magdala nos deja un segundo mensaje: Hay momentos en la vida, por circunstancias personales o ajenas, por un motivo u otro, por imprevistos dolorosos que nos afectan, en que esa fe, ese amor que creíamos sentir por Dios, por Jesús, queda oscurecido, nublado, tapado, y nos cegamos y nos encerramos en esa oscuridad, y nada da sentido a nuestra vida, no nos es posible ver una rendija de luz, de esperanza, de primavera..., vemos sólo signos de muerte a nuestro alrededor; e, incluso, tampoco nos abrimos, o dejamos asomar dentro de nosotros a esas dos preguntas: *¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?* El presente y el horizonte aparecen totalmente difuminados, cuanto no borrados; y la angustia, el dolor, la desesperanza nos puede. ¡Qué bien nos haría también a nosotros volvernos, girarnos, dar la espalda al sepulcro vacío, no negando que el sepulcro está ahí, sino abrimos a otra posibilidad y preguntarnos por la causa de mi dolor, de mis lágrimas, preguntarme qué busco, a quién busco en la vida, qué es lo que me da sentido, qué es lo que quiero...! También nuestros amores, nuestro gran amor tiene que ser herido, podado, para que cada vez sea más sano, más robusto, más maduro, pues fácilmente se vuelve posesivo, controlador, dominante.

¿No es un segundo paso en la conversión el de ir ahondando en mis búsquedas, en mis dolores, en mis dificultades, para no quedarme encerrado ahí sino para dar más cabida a la vida, a la nueva vida que procede del Dios de la Vida y del Amor o de Jesús Resucitado?

c) *El encuentro*

Una simple palabra de Jesús, basta. Pero no es cualquier palabra, es el nombre propio. ¿No nos sucede en ocasiones que vamos por la calle y cuando alguien nos llama por nuestro nombre nos produce sorpresa, mucho más cuando no le recordamos o no le conocemos? ¡Cuánto más si es alguien que estimamos, queremos mucho! ¿O cuando por teléfono una voz que no nos suena de nada nos llama por nuestro nombre? El nombre propio es mucho más que una palabra. Quien lo pronuncia nos conoce de algo, aunque sea de oídas o de referencias, pero algo sabe. No es cualquier palabra. ¡El nombre es el archivo de tantas cosas de nuestra historia...! Es como un resumen de todos los buenos y malos momentos, de todas las veces que nos han marcado con reproches o acusaciones, y también de aquellas en las que lo hemos escuchado como condensación de amistad verdadera, de ternura, de afirmación, de cariño.

María, también queda sobrecogida. Esta vez es diferente. Es la misma voz que le ha dicho “*mujer*”, la que pronuncia su nombre “*María*”. ¿Qué ha pasado en esa voz para que María la haya reconocido al sentirse llamada e identificada? O, mejor, ¿qué ha pasado en el interior de María para

que ahora haya sido capaz de reconocerlo (volverlo a conocer) en la voz, no físicamente? (Después de contestar 3 veces casi de la misma manera “*dónde lo han llevado*”, se produce el gran cambio. Hemos dicho antes, el número 3). El nombre propio tiene un tono especial cuando lo pronuncia quien nos quiere. Y, seguramente a María, se le agolpa en la memoria del corazón todas las otras veces que lo ha oído pronunciar de labios de Jesús. Sólo el sonido de su nombre “*¡María!*” le sacará de su obcecación, y le lanzará a abrazar los pies del que ama. El nombre, pronunciado por unos labios que le quieren, produce el milagro del reconocimiento, de pasar del llanto al gozo. ¡Con qué alegría habría respondido María: “*Rabbuní. Maestro!*”! ¡Por fin lo ha encontrado! Pero llama la atención que ella ahora ya no le llama Jesús, o mi Señor, sino Maestro. Se podría decir que es la profesión de fe de María. Va haciendo la experiencia, el proceso de la fe dentro de ella. Y el paso pascual de la tristeza a la alegría se sella por un abrazo apasionado y efusivo, aunque Jesús le advierte tajantemente y con claridad cuando intenta agarrarle: “*¡Déjame, que todavía no he subido al Padre!*” (Jn 20,17). Intenta retener a Jesús, como si creyera que Jesús había vuelto a la vida terrena y lo puede poseer. ¡Cómo tendemos a poseer! ¡Eso nos da mucha seguridad a diversos niveles! También a María. Es cierto que le queda resquicios de ese sentir que es suyo y para ella. Pero Jesús ha resucitado y está vivo, y de ahora en adelante el trato va a ser distinto al anterior: “*¡Rabbuní!*”. No es el estado físico el que cuenta ya. Pertenece a otro mundo, está glorificado, aunque es Él mismo, el crucificado. Es Él mismo, pero no el mismo. Por lo tanto el encuentro con Jesús no se realiza mediante el contacto físico ni se puede retener, sino que se da en la fe y en la

En este tercer momento María Magdalena nos deja otro mensaje: Cuando en tu interior, en lo más hondo de ti te sientas querida/o de manera nueva, totalmente, te abrirás a un nuevo horizonte. Para ello, debes permitirte que Dios te llame con cariño, con amor por tu nombre. Tú eres único/a para Él, y por eso siempre pronunciará con cariño tu nombre. ¿Somos realmente conscientes de las palabras que decimos inmediatamente antes de comulgar: “*Señor, no soy digno/a de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*”? ¿Hemos pensado alguna vez que esa palabra, esa única palabra de Dios, del Señor, de Jesús, puede ser nuestro nombre dicha con cariño?

¿No puede ser un tercer paso importante, en el camino de la conversión, saberse, sentirse llamado personalmente con amor por Dios, por encima, o incluso con todas mis oscuridades, pero no con el fin de poseer sino de crecer y madurar? ¿No es un paso importante en el camino de la conversión, en el caminar hacia la Pascua, percibir, intuir que Dios tiene o quiere una historia de amor, de una manera nueva y abierta conmigo, y que me pide o me lleva a fiarme de Él, creerle en lo que me dice a través de las Escrituras, de su Palabra?

palabra, mucho más allá de lo tangible, de lo visible por parte de los ojos del rostro. Ha cambiado totalmente la manera, pero no la posibilidad. Hay continuidad y discontinuidad, y María lo ha descubierto.

d) Envío

Le dice Jesús: “*Vete donde los hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*”. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: “*He visto al Señor*” y que le había dicho estas palabras (Jn 20,17-18).

Algo fuerte, hondo, radical... ha sucedido en María, para que de querer retener para ella a Jesús, y quedarse parada en el huerto, pase a creer de esa manera y a correr gozosa a comunicarlo a los hermanos. De quedar encerrada en sus angustiosas palabras, a proclamar con gozo las palabras vivificadoras de Jesús. Esta experiencia le aleja del sepulcro vacío para ser la primera testigo, la primera evangelizadora. María es la primera evangelista de la resurrección. María es testigo porque habla de lo vivido, y eso le da la dimensión evangelizadora. ¿Qué ha sucedido en María? ¡Si pudiéramos grabar ese profundo movimiento de corazón!

Ahora, sin resistencia alguna, María corre a llevar y a compartir, entre los suyos y los demás, el precioso mensaje que le ha dejado el “Señor a quien ha visto”, en el que combina sin estridencias la diferencia con la semejanza: en virtud de mi glorificación, de mi resurrección, mi Padre es ahora vuestro Padre, mi Dios es vuestro Dios. El mensaje pascual, por lo tanto, es mensaje de fraternidad con Jesús. Además, el nombre con que María identifica ante los hermanos al resucitado es “Señor”; pero esta vez ya no es ambiguo, no es la de la confusión del hortelano (entonces también le llamó señor), sino que supone la identificación con el Resucitado. María ha entendido a través de los ojos de su fe (no con los de la cara) que Jesús ya no pertenece a este mundo, que forma parte del ámbito divino; que ya no puede controlarlo, pero sí creer y esperar. María ha entendido a través de los ojos de su fe que comienza a amar con más libertad que nunca porque está más poseída, más atada, más abierta que nunca al Dios de la Vida y del Amor. Su nueva atadura de amor (Cristo Resucitado) es camino y meta de libertad, porque ha quedado claro que Él es la plena y verdadera libertad, pues ha vencido hasta la misma muerte; y la lleva a hacerse testigo de ello.

María Magdalena, en este momento nos deja el mensaje de que el encuentro amoroso, hondo, vivido y experimentado dentro de nosotros, nos convierte o nos debe de convertir en evangelizadores, en mensajeros, en testigos de fraternidad, al estilo de Jesús Resucitado: siendo constructores del Reino de Dios. El encuentro con el otro y el Otro, pero desde el amor, es el que nos hará constructores de vida, de esa vida plena y abundante que Dios anhela para cada uno de sus hijos e hijas. Y, al mismo tiempo, enriquece nuestra experiencia de encuentro con el Resucitado.

Y, ¿el objetivo de la conversión no será salir de nosotros mismos, de nuestros encerramientos y esquemas, para darle cada vez más cabida al Dios del Amor y de la Vida, para darle cada vez más cabida a las palabras de Jesús, tanto en nosotros mismos como en la humanidad y en la creación? ¿No será eso vivir desde la Pascua y hacia la Pascua?

3. MOMENTO DE COMPARTIR

El evangelista Juan, en esta ocasión, a través de la vivencia de María Magdalena, nos muestra magníficamente y de forma pedagógica los pasos de nuestro proceso de fe: una experiencia de fe primera que tiene que ser confrontada constantemente con la realidad que nos toca vivir, y ahondada con el encuentro personal y profundo con el Resucitado, para ser testigos y mensajeros de la Buena Noticia. Y la gran noticia es que Dios nos Ama incondicionalmente y plenamente, y quiere que vivamos.

Y esto es precisamente lo que celebramos, lo que vivimos, lo que acogemos en la Eucaristía: reunirnos en fraternidad en torno al Resucitado para que como comunidad, como Iglesia, pero también personalmente, nuestra fe sea renovada, contrastada, alimentada a través del encuentro con Él, con el resucitado, primero en su Palabra y luego en su Cuerpo, y seamos enviados con gozo y alegría a la misión evangelizadora de la construcción del Reino de Dios, allá donde estemos, pero sin olvidar que siempre deberemos fundamentarnos en el Amor. Y a lo mismo nos debe llevar nuestro vivir en comunidad, nuestros tiempos de oración comunitaria e individual, nuestros momentos de mayor soledad y silencio...

Todo encuentro es un salirse de sí mismo para dar cabida al Otro (a otro “Alguien”). Por eso, como momento último de este tiempo más prolongado de encuentro o de deseo de encuentro con Jesús, el Cristo Resucitado, sería bueno que dispusiéramos un tiempo de encuentro en comunidad para dar cabida a la otra hermana, al otro hermano que también ha procurado adentrarse en esa experiencia; y compartir, al estilo de la misma María de Magdala y de los discípulos, y como prolongación de la reflexión y oración, aquello que nos ha ido resonando, que nos ha salido

subrayar, que nos cuesta más entender o vivir o asumir... Porque compartir serenamente, sinceramente es querer y desear crecer juntos hacia un mayor y más hondo encuentro que genera mayor vida y, por lo tanto, es optar por vivir en clave de Pascua.

Podemos finalizar el momento con la oración litúrgica de Vísperas, Completas o alguna otra breve oración que haya preparado alguien de comunidad.

ORACIÓN DE ALABANZA

La vida nos es dada, gracias.
La vida eterna es gracia, gracias.
La vida es un latido divino, gracias.
La vida es aliento de Espíritu, gracias.
La vida es triunfo de amor, gracias.
La vida es río en crecida, gracias.
La vida es superación gratificante, gracias.
La vida es canto y palabra, gracias.
La vida es relación y encuentro, gracias.
La vida es pasión y éxtasis, gracias,
La vida es donación y entrega, gracias.
La vida es paz y ternura, gracias.
La vida es campo de esfuerzos y esperanzas, gracias.
La vida es poda dolorosa y fruto abundante, gracias.
La vida es dolor y lucha, gracias.
La vida es cansancio y tristeza, gracias.
La vida es búsqueda y vacío, gracias.
La vida es oscuridad y muerte, gracias.
La vida es más muerte y más vida, gracias.
La vida es unión con el Todo, gracias.
Gracias, vida.
Gracias, amor.
Gracias, Cristo resucitado.
Gracias, Espíritu vivificante.
Gracias, Dios creador.